

En mi debilidad me haces fuerte

No hay árbol sano que dé fruto podrido, ni árbol podrido que dé fruto sano. Por los frutos distinguís cada árbol. No se cosechan higos de las zarzas ni se vendimian uvas de los espinos. El hombre bueno saca cosas buenas de su tesoro interior bueno; el malo saca lo malo de su tesoro malo, porque de lo que rebosa el corazón habla la boca. ¿Por qué me invocáis, si no hacéis lo que os digo?

Lc 6, 43-46



A veces me descubro entre dos mundos: por un lado, mi pequeñez, hecha de miedos, de inseguridad, de dudas, de medias tintas, pendiente de lo que opinen los demás. Me siento frágil y no sé que puedo llegar a dar de mí.

Por otra parte, escucho tus palabras y me haces sentir que soy grande, que estoy llena de posibilidades, que mi vida puede ser una maravilla, que estoy llamado a construir el Reino, a brillar con tu evangelio, a transmitir vida, a amar como siento que tú me amas..

Quiero descubrir las cosas importantes de la vida, las que duran, las que no se desvanecen enseguida. Me gustaría valorar las palabras amables y sinceras; los gestos profundos y acogedores; los esfuerzos dignos y que construyen. Quiero aprender a escuchar las voces que hablan palabras de verdad, en medio de tantos ruidos que no dicen nada. Enséñame a sentir con sentimientos auténticos cuando tantas veces lo más que hay en mí son emociones superficiales.

Es difícil creer que es posible cambiar el mundo, somos limitados. Es difícil creer que hay sitio para una luz nueva y distinta. Y mucho más difícil, creer que esa luz pueda venir a través de nosotros. Tú, Señor me dices que soy la luz del mundo y tu palabra es clara. Enséñame a brillar con la luz del Evangelio, y no con las luces que se apagan pronto. Dame confianza en ti y en mí, en tu mensaje, en tu palabra. Ojalá que mi vida pueda ser la proclamación de que tu mensaje es algo bueno para este mundo roto, extraño y al tiempo tan hermoso y lleno de posibilidades.

*En mi debilidad me haces fuerte
En mi debilidad me haces fuerte
Sólo en tu amor me haces fuerte
Solo en tu vida me haces fuerte
En mi debilidad me haces fuerte en ti.*



Bendice mis manos,

para que sean delicadas y sepan tomar sin aprisionar, dar sin calcular, sostener sin empujar, que aprendan a ser puentes, a abrirse a otros, a palpar la realidad, a ir mas allá de las palabras, a invitar a vivir según la libertad que ofrece ser hijo tuyo.



Bendice mis ojos,

para que sepan ver la necesidad, la duda, la desesperanza, el dolor y la tristeza de quien está más cerca de mí, de otros que están más lejos. Que observen al detalle, detrás de lo superficial, gestos de lucha, de justicia, de ilusión, de esperanza, gestos de vida con los cuales construir mientras sigo caminando.

Bendice mis oídos,

para que sepan oír la voz de tu llamada continua, atentos, sin prisas, en lo más cotidiano, y perciban emocionados la presencia de quien se acerca.

Que sepan quedarse sordos al ruido inútil y la palabrería, pero no a las voces profundas que piden ser oídas.

Que me sirvan para estar dispuesto a la gente, unido al mundo que me rodea, escuchando tu mensaje.

Bendice mi corazón,

para que sea templo vivo de tu espíritu, que sepa dar calor y refugio, ser generoso y paciente, que se mantenga activo, ardiente, para que mis manos sigan actuando.

Que aprenda a compartir el dolor y la alegría gracias al amor que uno lleva al marchar por el mundo con las manos abiertas.

Ven, no apartes de mi los ojos, te llamo a ti, te necesito, para que se cumpla en el mundo el plan de mi padre.

Nuestro más profundo temor no es el ser inadecuados.
Nuestro más profundo temor es que somos poderosos más allá de cualquier medida.
Es nuestra luz, no nuestra oscuridad,
la que nos intimida.

Nos preguntamos,
¿quién soy yo para ser brillante, magnífico, talentoso y fabuloso?
Pero en realidad, ¿quién eres tú para No serlo?
Tú eres un hijo de Dios.

No beneficia al mundo el que te desvalorices.
No es nada iluminado el que te achiques
de tal modo que otras personas no se sientan inseguras a tu alrededor.

Hemos nacido para manifestar la gloria de Dios
que está en nuestro interior.
Y ésta no se encuentra presente tan solo en algunos de nosotros; sino en todos y cada uno.

En la medida en que dejamos brillar nuestra luz,
inconscientemente damos a otros permiso para hacer lo mismo.

En la medida en que somos liberados de nuestros miedos,
nuestra presencia automáticamente libera a los demás.

**Discurso Inaugural de 1994
Nelson Mandela**